

## El Colegio de Chamartín cumple 125 años

Manuel Revuelta González

*Hace 125 años, el viernes, 24 de septiembre de 1880 se inauguró el colegio de Nuestra Señora del Recuerdo en Chamartín.*

*La inauguración fue noticia en los periódicos de la corte, pues abrir un colegio de jesuitas en aquellos tiempos, a las puertas de Madrid, era algo, por lo menos, singular; en aquel año anodino, que transcurría sin noticias relevantes.*

*En una España acostumbrada a revoluciones, guerras, disturbios y desgracias, el año 1880 había sido, afortunadamente, un año de sosiego.*

### Un colegio fundado en la época de la Restauración

Desde la proclamación de Alfonso XII los políticos conservadores, con Cánovas a la cabeza, llevaban cinco años y nueve meses en el poder. Demasiando tiempo para no pensar en el turno pacífico que dará el relevo a los liberales de Sagasta cuatro meses más tarde, en febrero de 1881. Cuando el colegio se abrió en septiembre de 1880, habían pasado doce años desde la revolución de 1868, gloriosa por su programa democrático, pero turbulenta por la inestabilidad política de seis años convulsos que la siguieron. En 1880 hacía sólo cuatro años que había acabado la tercera guerra carlista, y sólo dos años que se había fir-

mado la paz con los insurrectos de Cuba. Madrid seguía cantando coplas a la muerte de la reina Mercedes, desgracia apenas aliviada con el segundo matrimonio del joven rey, y con el nacimiento de una niña, princesa de Asturias, que sólo contaba 12 días cuando se inauguró el colegio.

Los padres de los 90 niños que asistieron a la inauguración pertenecían a la alta sociedad, que por entonces vivía momentos de opti-

---

*el colegio de Chamartín venía  
a reforzar aquella  
recuperación religiosa, que  
avanzaba de forma imparable  
por medio de la enseñanza,  
bajo el acecho de un  
anticlericalismo cada vez más  
enconado*

---

mismo. Las inquietudes sociales se mantenían en sordina. Los anarquistas estaban vigilados, y los primeros socialistas se habían reorganizado hacía poco de forma clandestina en una cantina del cercano barrio de Tetuán.

España seguía siendo un país oficialmente católico, aunque los signos de secularización se hacían cada vez más patentes. Un papa nuevo, León XIII, llevaba dos años en

una Roma, donde ya no podía ejercer el poder temporal, aunque, en contrapartida, aumentaba su liderazgo espiritual. El Pontífice marcaba directrices que podían parecer opuestas. Mantenía las condenas al liberalismo, pero sin cerrar el diálogo con los gobiernos liberales.

La Iglesia de España vivía un momento de restauración religiosa como reacción a las dificultades creadas por la revolución del 68. Los católicos más tradicionales, animados por los obispos y el clero, se sentían envalentonados y al mismo tiempo desengañados. Envalentonados, pues por todas partes había signos de recuperación religiosa. Desengañados y defraudados también con el régimen alfonsoino, porque la nueva Constitución de 1876 había permitido la tolerancia religiosa. Los católicos más conservadores veían en la tolerancia una libertad religiosa disfrutada, opuesta a la unidad católica de España. Los liberales más avanzados, por el contrario, veían la tolerancia como un paso atrás en las conquistas democráticas. De hecho la tolerancia iba a dejar el campo libre para todos.

En la España de Alfonso XII podían abrirse conventos de frailes y logias de masones, colegios católicos y escuelas racionalistas. Los conventos volvían a llenar el mapa con millares de religiosos de am-

bos sexos dispuestos a la reconquista cristiana de la sociedad española por medio sobre todo de la enseñanza y la beneficencia. Al mismo tiempo los grupos de librepensadores, masones, anarquistas y laicistas se oponían con todos los medios a la recuperación católica de España, y atacaban con dureza lo que ellos consideraban una invasión clerical.

La batalla por la enseñanza se reñía con denuedo, porque unos y otros veían en ella una pieza clave para el futuro de España. El colegio de Chamartín venía a reforzar aquella recuperación religiosa, que avanzaba de forma imparable por medio de la enseñanza, bajo el acecho de un anticlericalismo cada vez más enconado. En los tiempos de paz de 1880 comenzaba la andadura de un colegio católico en una España conflictiva.

### Un colegio integrado en la red de centros de segunda enseñanza de los jesuitas

El colegio de Chamartín no nacía en solitario. Era un nudo más en la red de centros docentes que empezaban a tejer los jesuitas españoles de aquel tiempo. El colegio posee por tanto, desde el principio, un aire de familia y unos compañeros de viaje.

El aire de familia se lo da la Compañía de Jesús. Nace el colegio en uno de los momentos más fecundos de la Compañía restaurada, entendiéndose por tal la Compañía que había sido restablecida a principios del siglo XIX por el Papa Pío VII.

La historia de la Compañía restaurada en España había sido hasta entonces un continuo ir y venir. Restablecidos en 1815, suprimidos en 1820, restaurados en 1823 y vueltos a suprimir en 1835, admitidos de tapadillo en 1852 a título de misioneros de Ultramar, y disueltos estrepitosamente en la revolución de 1868, los jesuitas españoles no habían tenido tiempo para asentarse de manera estable hasta los años finales del XIX. La última supresión, en 1868, condujo al exilio a los novicios y estudiantes jesuitas, y obligó a los demás a trabajar en dispersión. A pesar de las circunstancias adversas, los jesuitas dispersos se atrevieron a ejercitar sus tareas espirituales con gran libertad durante el sexenio democrático («el buey suelto bien se lame», que decía un misionero popular), y hasta llegaron a formar once colegios camuflados con el título de «libres», al amparo de la libertad de enseñanza proclamada por la Revolución.

Superado el sexenio democrático, la Restauración alfonsina —con su talante de diálogo y tolerancia—

cambió el ambiente a favor de los jesuitas, aunque no las leyes. Poco a poco, en los primeros años de la Restauración, los jesuitas pasan de la proscripción a la estima. Pasan del exilio al retorno (en 1877 los estudiantes jesuitas de Aragón se instalan en Veruela, y en 1880 –el año de Chamartín– los novicios de Castilla vuelven a Loyola, y sus estudiantes se instalan en Oña). Los jesuitas pasan también del disimulo a la manifestación. Por eso el colegio de Chamartín no se camufla con el título de colegio «libre», como los colegios que se fundaron en los años de la revolución, sino que se anuncia desde el principio claramente como colegio de jesuitas.

La Compañía seguía estando legalmente suprimida, pero era tolerada de hecho, incluso deseada. De ahí la combinación de audacia y cautela que preside aquella tercera restauración de la Compañía en el siglo XIX, que permitió a la Orden asentarse sobre bases sólidas y crear una red de instituciones que le han servido de cimiento hasta el momento actual. En esta cuna, mecida por el aire de la restauración católica y jesuítica, nacía el colegio de Chamartín.

El colegio forma parte de red educativa que los jesuitas extendieron por todas las regiones de España a fines de siglo XIX, e hicieron más tupida a lo largo del siglo XX. Casi

la mitad de los colegios de segunda enseñanza que hoy tiene la Compañía pertenecen a la primera hornada decimonónica.

Chamartín pertenece, por tanto, a esa primera hornada de colegios que funcionan en el último cuarto del siglo XIX, y aparecen, por orden cronológico, en tres grupos. El primero lo formaban los colegios veteranos, que se habían fundado antes de 1875. El segundo grupo lo forman los colegios fundados a principios de la década de los ochenta, durante el reinado de Alfonso XII. El tercer grupo es el de los fundados a principios de los años noventa durante la regencia de María Cristina.

Entre los colegios veteranos que funcionaban a principios de 1875 se hallaban los seis que se fundaron como «libres» en el sexenio en Sevilla, Valencia, Orduña, Zaragoza, La Guardia (Pontevedra) y Orihuela; más los tres que habían funcionado antes de la revolución del 68 en Puerto de Santa María, Carrión de los Condes y Manresa. En total, a principios de 1880, funcionan nueve colegios de jesuitas en siete regiones: Galicia, Castilla y León, País Vasco, Aragón, Cataluña, Valencia y Andalucía. Faltaba un colegio en Madrid, ciudad arriesgada para los jesuitas (los más viejos recordaban todavía con espanto la matanza de frailes de

1834), y ciudad al mismo tiempo deseada, como lo prueba el empeño de los jesuitas por abrir un colegio en la capital de España y el cerco al que sometieron al Duque de Pastrana para que les donara la finca del Recuerdo.

A estos colegios veteranos que funcionaban antes de 1880, se van a añadir, desde entonces, cinco colegios «nuevos», con el de Chamartín a la cabeza. Entre 1880 y 1883 se fundan los colegios de Chamartín, Durango, Barcelona, Valladolid y Málaga. Tras una pausa de una década, se añaden, entre los años 1890 y 1893 los últimos colegios de la hornada decimonónica en Gijón, Tudela, Sarriá y Villafranca de los Barros. Entre medias se habían fundado dos instituciones señeras en la enseñanza universitaria y eclesiástica. La Universidad de Deusto y el Seminario de Comillas, inaugurados, respectivamente, en 1886 y 1892. Al concluir el siglo XIX la presencia educadora de la Compañía había llegado a todas las regiones de España.

El aire de familia de los primeros colegios se hacía visible en la estructura de los edificios. Era una arquitectura al servicio de una pedagogía. Fue aquella una época de fiebre constructora sin precedentes, en la que se crearon edificios nuevos, amplios, cómodos, perfectamente equipados y amueblados.

Cada edificio favorecía la identidad del centro, al tiempo que confirmaba la pujanza económica, la distinción social y el fuerte apoyo de amigos y bienhechores.

No siempre coincidía la inauguración de un colegio, con la primera piedra del edificio definitivo, o la conclusión de las obras. A veces pasaban varios años entre esas fechas. En Chamartín, al igual que

---

*en todos los colegios de jesuitas destacan tres piezas clásicas que realizaban la enseñanza en virtud y letras: la capilla, el amplio salón de actos y el gabinete de Física, Química e Historia Natural*

---

en Valencia, Zaragoza, Valladolid, Sarriá o Villafranca, la vida escolar se comenzó en edificios provisionales, hasta que pudo habitarse el edificio nuevo.

En nuestro caso, el palacio o casa de campo del Duque de Pastrana se convirtió en colegio provisional, tras una metamorfosis de urgencia. Las habitaciones de los Duques se transformaron en sala de visitas, salones de estudios, aulas, comedor y capilla. Los graneros y caballerizas se convirtieron en dor-

mitorios. En la parte de la servidumbre se instaló la clausura y la enfermería. Tres años vivieron los colegiales como sardinas en bodega en la antigua casa de campo. La construcción del nuevo edificio, en la terraza superior de la finca, duró cuatro años, de 1882 a 1886.

La edificación de aquel nuevo colegio de Chamartín coincide con la gran actividad constructora de otras instituciones jesuíticas de finales del siglo. Si a las construcciones y mejoras de 17 colegios se

---

*la fama del colegio se debía sobre todo a un novelista y a un poeta. El P. Luis Coloma, en su novela Pequeñeces, convirtió a Chamartín en mito y símbolo.*

---

*Para reforzar el simbolismo Coloma incrustó en la novela la poesía, del P. Julio Alarcón, a la Virgen del Recuerdo*

---

añade la construcción de no menos de 20 residencias con iglesias nuevas, una universidad y un seminario, la habilitación de 7 noviciados y casas de estudio, la compra en pública subasta del Palacio Ducal de Gandía (1888) o la donación del castillo de Javier (1893), podemos

calibrar la pujanza fundacional y constructora de la Compañía, que a principios del siglo XX alcanza la cima con la fundación de ICAI y su externado de Areneros.

Cada edificio tenía su peculiaridad. Había colegios rurales, colegios urbanos y colegios intermedios. Colegios de planta cerrada o de planta abierta, sobrios o suntuosos, funcionales o decorativos. Es posible incluso distinguir estilos. En lo que todos coincidían era en ser edificios modernos en su tiempo, amplios e higiénicos. Solían tener comedores de altos techos sostenidos por columnas de hierro y dormitorios corridos con camarillas. Había amplios pasillos y espaciosos patios, donde no faltaban cobertizos para los días de lluvia. En todos los colegios de los jesuitas destacan tres piezas clásicas que realizaban la enseñanza en virtud y letras: la capilla, con una devota imagen de la Virgen que daba identidad al colegio, el amplio salón de actos para celebrar academias, funciones teatrales y conciertos, y el gabinete de Física, Química e Historia Natural. Estos gabinetes eran verdaderos museos, que causaban asombro a los visitantes en aquella época científica y pragmática.

Muchos de estos edificios han perdurado hasta hoy, manteniendo al menos el cascarón de sus fachadas,

y son estimados como patrimonio cultural de sus ciudades. En Chamartín se prefirió derribar todo el edificio que había albergado a los colegiales a lo largo de la restauración alfonsina. Ya que no podemos contemplar su silueta sobre la cuesta que domina Madrid, destacada, dediquémosle al menos un recuerdo obligado.

### Mitos y realidades del Colegio de Chamartín

Dentro de los aspectos externos comunes, cada colegio de jesuitas tenía su personalidad. Chamartín era seguramente el más famoso de España. Su fama le venía en parte por su ubicación singular. Cuando comenzó el colegio, la villa de Chamartín tenía poco más de 1.500 habitantes y 183 edificios. La mayor parte de éstos se hallaban esparcidos fuera de la villa, pues el casco sólo tenía 30 casas alineadas en dos calles.

La calificación de «pueblo de barracas» que le dio el P. Coloma, era verdad sólo en parte, pues entre los edificios esparcidos por el campo había fábricas de curtidos, chocolates y jabón, hornos de ladrillo y baldosín, almacenes al por mayor, depósitos de vinos y de pólvora, imprentas, y lujosas casas de campo y fincas de recreo, entre las que descollaba de manera apabu-

llante la del Duque de Pastrana. Desde Chamartín se veía Madrid a lo lejos, separado por un «camino polvoriento», según el novelista.

Sin embargo, el Diccionario Geográfico de 1883 pondera las buenas comunicaciones entre Chamartín y Madrid, con 5 kilómetros de buena carretera, flanqueada de fábricas, fincas y almacenes, frecuentadas por comerciantes, industriales y aristócratas. El colegio de Chamartín miraba más a Madrid que a la meseta. Su título oficial («Collegium Matritense et convictus») reivindicaba su marca madrileña y su condición de internado.

El encanto del colegio consistía en estar en Madrid sin ser Madrid, aprovechar la doble ventaja de la ciudad y del campo. Esta ubicación intermedia, ni dentro ni lejos de la gran ciudad, la tenían también otros colegios de postín como el colegio de El Palo, junto a Málaga, y el de Sarriá junto a Barcelona. Era una presencia aristocrática y cautelosa, que el P. Coloma expresa con los símbolos del navío y del oasis, realidades aisladas y al mismo tiempo inmersas en los elementos que los rodean y sustentan. No de otro modo, el lejano colegio giraba en la órbita de la gran ciudad.

La fama del colegio se debía sobre todo a un novelista y a un poeta. El

P. Luis Coloma, en su novela *Pequeñeces*, convirtió a Chamartín en mito y símbolo. La descripción que hace del edificio es una acuarela literaria, en la que se dibujan las torrecillas como flechas disparadas contra el cielo azul, el jardín como esmeralda caída en la arena, el bosquecillo de lilas y azucenas, el murmullo del agua, las voces de

---

*las carencias de Chamartín  
se suplieron a principios del  
siglo XX con el externado de  
Areneros, que se inauguró  
en 1909*

---

los niños y los gorjeos de los ruiseñores. Pero el colegio contiene además, en la novela, un significado moral y un alegato pedagógico. Para reforzar el simbolismo Coloma incrustó en la novela la poesía del P. Julio Alarcón, que fue rector del colegio en los años 1883-87, y director después de la revista *El Mensajero*, que desde 1890 empezó a publicar *Pequeñeces* por entregas. Aquella poesía a la Virgen del Recuerdo, que Paquito Luján recitó en la despedida de los colegiales, se declamó en las despedidas parecidas de todos los colegios de jesuitas durante muchos años. De este modo, la simbología de Chamartín, prendía en todos los colegiales de España, cuando los bachilleres dejaban «los tutelares

muros», con la nostalgia de «la edad feliz» y la bendición del «dulcísimo recuerdo».

La simbología esencial de Chamartín se adornó con otros mitos secundarios, que no obstante acuñaron la idea que se tenía desde fuera del colegio. Chamartín era colegio aristocrático. Se le consideró sucesor del antiguo seminario de nobles de Madrid, que era un internado, y no del colegio Imperial, que era colegio de plebeyos, para alumnos externos, como habían sido todos en los siglos XVI, XVII y XVIII.

La leyenda dorada de Chamartín tenía, sin embargo, el contrapeso de la realidad. El alto rango del colegio tuvo, por de pronto, tres inconvenientes. En primer lugar, el acecho de la prensa anticlerical, que tenía al colegio en su punto de mira, con el fin de dar interpretaciones aviesas a sucesos desgraciados, como la muerte de unos niños por el tifus en 1897, o las siete puñaladas que el criado Prudencio asestó al hermano cocinero Urdapilleta en el mismo año.

El segundo inconveniente era la elevada pensión del colegio. Era el más caro de España. Llegó a cobrar 1.500 pesetas al año, que se vieron obligados a rebajar a 1.250 en 1889, para que el colegio no se despoblase. Aun así pocos podían

abonar aquella cantidad, que era el doble de la que solía cobrarse en otros internados. La paradoja estaba en que el colegio más lujoso era deficitario y arrastraba deudas constantes.

El tercer inconveniente, ligado con lo anterior, consistía en la escasez del alumnado. El promedio de alumnos por año, hasta 1906, fue de 125 alumnos, lo que hizo pensar al provincial de entonces en la conveniencia de quitar la segunda enseñanza en Chamartín, para llevarla al externado que entonces se pensaba abrir en el centro de la ciudad. El número de alumnos se eleva algo en los años sucesivos; llegan a 212 en 1916 y a 250 en 1930.

Las carencias de Chamartín se suplieron a principios del siglo XX con el externado de Areneros, que se inauguró en 1909, al año siguiente de fundarse ICAI, con el que compartía el edificio de Alberto Aguilera. Areneros era un colegio para las clases medias, sumergido en la ciudad, en un centro educativo polivalente en el que se daban cita la cultura, el humanismo y la técnica. Los alumnos de enseñanza media de Areneros duplicaban a los de Chamartín cuando ambos colegios fueron disueltos por la república en 1932. La experiencia aconsejó, después de la guerra, la elección de uno de los dos modelos. En Chamartín se su-

primió la segunda enseñanza y se instaló el filosofado de los jesuitas hasta 1955. En 1959 fue Areneros el que se trasladó a Chamartín. ¿Quién ha vencido a quién? ¿Chamartín a Areneros o Areneros a Chamartín? Plantear así la disyuntiva no tiene sentido. Los cambios pedagógicos y sociales y el avance de la gran ciudad, aconsejaron el traslado de Areneros a Chamartín. El estilo y el espíritu de Areneros se injertó en el viejo tronco de Chamartín. Puede decirse que los dos colegios, convertidos en uno, celebran ahora con igual derecho un mismo aniversario, al compartir la tradición de su historia y la continuidad de sus mejores ideales.

### **Una tradición educativa acomodada a unos tiempos distintos**

Las viejas fotografías nos ayudan a conocer cómo eran y se vestían los colegiales de los años fundacionales. En los actos solemnes vestían el uniforme de gala de corte militar, con sus galones de oro; en los paseos y visitas se ponían el traje de calle, de verano o de invierno, y en los recreos y estudios llevaban blusas largas hasta la rodilla. Las fotos de grupos retratan a los colegiales apiñados en torno a su Padre Inspector, ensotonado y grave. Hay fotos de monaguillos vestidos de cardenales y de congregantes marianos, con sus medallas pen-

dientes de cintas, rodeando a la estatua de San Luis o de la Inmaculada. Son fotos llenas de encanto, ráfagas de un pasado que nos llega a través de las imágenes.

Pero hay otras ráfagas que nos acercan con más exactitud al verdadero retrato de los antiguos colegiales. Son los documentos históricos, entre los que destacan las cartas escritas desde el viejo colegio, las crónicas latinas con el relato de los sucesos más importantes de cada curso, los prospectos en los que se informaba a las familias sobre el fin y métodos de enseñanza, las condiciones de admisión, el equipo de ropa, la pensión y las principales normas de convivencia. Se conservan también algunos reglamentos sobre la manera de comportarse en todos los actos de la vida colegial. Estas fuentes nos ofrecen un retrato colectivo de la vida interna del colegio, y una información pedagógica sobre la enseñanza que se quería dar a aquellos niños y los métodos que se utilizaron para conseguirlo.

Los jesuitas, como es sabido, expresaron, desde el siglo XVI, sus experiencias educativas en un admirable código pedagógico, la *Ratio Studiorum*, que contiene planes de estudio, métodos didácticos y principios pedagógicos. Los jesuitas del siglo XIX no pudieron seguir los planes de estudio de la

*Ratio*, que no casaban con los del bachillerato oficial, pero pudieron aplicar muchos de los métodos didácticos (la emulación y la enseñanza activa), y desde luego mantuvieron los principios pedagógicos del humanismo cristiano.

La *Ratio* resumía la formación integral del hombre cristiano con el binomio «virtud y letras», un programa educativo que los jesuitas del XIX preferían explicar con una fórmula tripartita: educación de la fe, de la inteligencia y de la conducta. Esta pedagogía integradora del humanismo cristiano se afirma con toda claridad en el número primero del prospecto de Chamartín de 1892: «El fin que se proponen el Director y Profesores de este Colegio es la enseñanza y educación religiosa, civil y científica de la Juventud». Educación religiosa, civil y científica, es decir, educación, en armonía, de la fe, el carácter y la inteligencia.

La formación religiosa se consideraba esencial, y en el siglo XIX se reforzó con abundantes prácticas de piedad, para contrarrestar el indiferentismo reinante. La religión se expresaba con los rasgos propios de la espiritualidad de la época: sentido apologetico de la fe, devoción al Sagrado Corazón y la Virgen, actos de piedad cotidianos, obras de caridad un tanto paternalistas como servir la comida a los

pobres el jueves santo, y fiestas religiosas deslumbrantes. En 1893, por ejemplo, la procesión del Sagrado Corazón arrancó de la capilla cuajada de flores, cirios y candelabros, siguió por el patio, que lucía colgaduras rojas en las ventanas y avanzó bajo una hilera de arcos adornados con banderas, escudos e inscripciones, a los sones de la banda de música de un regimiento militar. Había cuatro altares en los que se detenía el Santísimo llevado bajo palio. Detrás de las brigadas de los colegiales vestidos de gala, seguían los padres de muchos de ellos, «de lo mas granado de esta corte», como decía la crónica.

Para la educación cívica se aplicaron los métodos de persuasión anunciados en el prospecto: «En la educación, los medios que han de emplearse con preferencia serán la persuasión y los sentimientos del honor y del deber». El carácter y comportamiento del niño no debía modelarse por la fuerza sino por la convicción propia (el deber), con ayuda, eso sí, del estímulo del honor, y la exigencia de la disciplina. El estímulo de la buena conducta se fomentaba con la proclamación de dignidades, que eran, según el primer prospecto, brigadier, edil, cuestor, tribuno de juegos, jefe de filas, regulador y bibliotecario; no sin advertir que tales dignidades no eran sólo un honor personal, si-

no un cargo al servicio de los compañeros.

La disciplina quedaba perfectamente definida en el reglamento de los primeros años, que contiene además sabrosos detalles costumbristas de la vida colegial. Todo queda regulado hasta en los más mínimos detalles: la forma de estar en la capilla, el comedor, el recreo, el estudio, el dormitorio y los paseos. Los traslados en filas, los paseos en ternas, hasta el Obelisco,

---

*la tradición educativa de los  
jesuitas resumía la  
formación integral de la  
persona cristiana con una  
fórmula tripartita: educación  
de la fe, de la inteligencia y  
de la conducta*

---

los días de excursión al campo, la regulación del tiempo a toque de campana, todo quedaba sometido a una disciplina que se justificaba como instrumento de formación, partiendo siempre del amor y respeto al niño, y de la convicción de que el cumplimiento de las reglas creaba el hábito de las buenas acciones y favorecía los comportamientos cívicos y sociales.

La educación académica y científica alcanzó siempre en Chamartín

buenos niveles. Los estudios se ajustaron desde el principio al bachillerato oficial. Los alumnos madrileños no estudiaron tanto Latín y Filosofía como en Aragón o Castilla, pero no desmerecieron en el estudio de las Ciencias, pues tuvieron buenos profesores, como Longinos Navas y Agustín Pérez del Pulgar. Tenía el colegio una valiosa colección de arte y numismática, buenos gabinetes de Física y Química, y un vistoso museo de Ciencias Naturales, donde podía admirarse el león disecado procedente del zoo, y el búho que había regalado el ministro Gamazo. Por si fuera poco, funcionaba desde 1900 un buen observatorio astronómico, que publicaba sus datos en un Boletín.

En Chamartín se utilizaron también los métodos didácticos aconsejados en la *Ratio*. La enseñanza activa (por medio de la composición diaria, los desafíos y concertaciones, y las brillantes academias públicas) y la emulación (fomentada con la lectura de notas y la distribución de premios), fueron las columnas de la metodología jesuítica, y siguieron utilizándose, con

ligeras variantes, hasta bien entrado el siglo XX.

Un colegio que ha cumplido 125 años es dueño de un legado que es al mismo tiempo una gloria y un estímulo. La historia del colegio encierra cuatro mensajes ensamblados: la dignidad del pasado, la capacidad de adaptación a las exigencias de los tiempos, la fidelidad a los ideales educativos inmarcesibles y la apuesta de un futuro ilusionado.

Los cambios de este colegio más que centenario están a la vista. Se notan con sólo comparar el aspecto de los antiguos colegiales de uniforme y blusa con el de los alumnos actuales que estudian por ordenador y se comunican por el móvil. Otros cambios más profundos han demostrado la capacidad de adaptación del colegio a las circunstancias históricas manteniendo la fidelidad a los principios básicos de la pedagogía ignaciana, que aspira a la formación integral del hombre cristiano. Con esa historia, marcada por la adaptación y la fidelidad, este viejo colegio decimonónico puede y debe ser un colegio joven y renovado en el siglo XXI. ■